
La reconstrucción de la nación y la lucha por la memoria histórica en Venezuela*

The reconstruction of the nation and struggle for the historic memory in Venezuela

Martha Lucía Márquez Restrepo**
marquezm@javeriana.edu.co

RESUMEN

El artículo analiza la lucha por la historia y la memoria histórica que se ha desencadenado en Venezuela entre el gobierno de Hugo Chávez y un grupo de historiadores que hacen parte de la Academia Nacional de Historia. Partiendo de los planteamientos de Benedict Anderson y de Paul Ricoeur se sostiene que el intento del gobierno de apoyar la reescritura de la historia tiene como objetivo la construcción de una nueva idea de nación, tras el quiebre que se produjo en el relato imperante desde los años 30 como producto del Caracazo en 1989. Desde la perspectiva del filósofo francés se evalúa también la representancia (*représentance*) de las narraciones históricas del chavismo para concluir que, aunque el discurso histórico y el discurso nacionalista tienen un formato similar, este último no se basa en una crítica de la forma como se produce el conocimiento histórico ni en la pretensión de recoger varias memorias para construir la historia. Por esto la relación entre el discurso nacionalista y su lector no se funda en el “pacto de verdad” que existe entre el texto de historia y su lector.

Palabras claves: Nación, historia, memoria histórica, Venezuela, Simón Bolívar, Hugo Chávez.

ABSTRACT

The article discusses the history and struggle for historical memory that has been unleashed in Venezuela between the government of Hugo Chavez and a group of historians who are part of the National Academy of History. Based on the ideas of Benedict Anderson and Paul Ricoeur, it argues that the government's attempt to support the rewriting of history is aimed at building a new image of the nation of the dominant image that lasted from the 30s of last century until the break that occurred as a result of the Caracazo in 1989. From the French philosopher approaches also evaluates the “*représentance*” of the historical narratives of the chavismo to conclude that although the historical and national discourses have a similar format, the last one is not based on a critique of how historical knowledge is produced or the pretense of picking up several memories to build history. That's why the relationship between nationalist discourse and its reader is not founded on the “pact of trust” that exists between the history text and the reader.

Key words: Nation, history, historical memory, Venezuela, Simón Bolívar, Hugo Chávez.

Fecha de recepción: 19 de enero de 2012

Fecha de aceptación: 20 de mayo de 2012

* Este artículo es resultado del proyecto de investigación titulado "Narraciones en disputa: reconstruyendo la nación en Venezuela (1989-2010)" desarrollado por la autora en el marco del doctorado en Ciencias Sociales y Humanas de la Pontificia Universidad Javeriana e inscrito como proyecto del Grupo Relaciones Internacionales, América Latina e Integración de la Universidad Javeriana (categoría A de Colciencias).

** Profesora de planta de la Universidad Javeriana de Bogotá, adscrita a la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales. Filósofa de la Universidad Nacional de Colombia; MA en Estudios Políticos; MA en Desarrollo económico. Actualmente cursa el doctorado en Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Javeriana.

INTRODUCCIÓN

El culto a Bolívar ha sido una constante en la historia venezolana desde cuando sus restos fueron repatriados desde Santa Marta en 1842. Así por ejemplo, durante los gobiernos de Antonio Guzmán Blanco (1870-1877, 1879- 1884 y 1886-1887) se celebraron lo que Frédérique Langue nombró como “*cuatro hiperbólicas glorificaciones heroizantes*” a saber: el paseo triunfal y la exhibición de sus pertenencias con motivo de las Fiestas de la Paz (28 de octubre de 1872), la inauguración de su estatua ecuestre en Caracas (7 de noviembre de 1874), el traslado de sus cenizas al Panteón Nacional (28 de octubre de 1876), y el Centenario de su nacimiento (1883), (Langue, 2011). Durante el gobierno de Juan Vicente Gómez (1908-1935) en el que culminó el proceso de formación nacional, se conmemoraron los 100 años de la muerte de El Libertador, ocasión que aprovechó el régimen para asociar su logro de cancelar la deuda externa con la idea de independencia frente a las potencias. Por su parte, el gobierno de Eleázar López Contreras (1935-1941) inventó las Cívicas Bolivarianas, organizaciones políticas para movilizar electores y Luis Herrera Campins en 1983, en el marco de la celebración del bicentenario del natalicio de Bolívar, le ofrendó el Metro de Caracas y los Juegos Panamericanos.

Bolívar se ha usado políticamente de muchas maneras desde el siglo XIX. El historiador Elías Pino Iturrieta sostiene que Bolívar como héroe concentra el espíritu de la nación y que la “*búsqueda de un hombre viril*” que la represente se remonta a la idea germana de espíritu del pueblo *Volkgeist* (Pino Iturrieta, 1998). Un razonamiento similar encontramos en Luis Britto García, quien además sostiene que el héroe -Bolívar en este caso- concentra en su figura y su acción la fuerza transformadora del pueblo. Dice: “*El héroe es el nombre propio que damos al gigantesco movimiento mediante el cual un pueblo intenta formarse o transformarse. A tal héroe, tal sociedad*”. (Britto García, 1998). Esta idea es similar a la de Maurice Halbwachs cuando sostiene que en la figura del héroe se concentran transformaciones que se han dado durante un período de tiempo muy largo (Halbwachs, 1968).

Por su parte, Germán Carrera Damas, tal vez el más reputado estudioso del culto a Bolívar, concluye que El Libertador ha sido en su país un factor de unidad nacional, de reivindicación del orden, una fuente de inspiración política y un factor de superación nacional pues, al no cumplirse las promesas de la independencia, éstas se ponen en un futuro permanente al invocarse siempre la imagen y el pensamiento del Padre fundador de la Patria. Según la visión del historiador, el futuro inspirado en el pasado estaría siempre en vías de realización. (Carrera Damas, 2008).

Hugo Chávez no es una excepción a lo planteado y ha usado la figura de Bolívar de la misma forma como lo han hecho algunos de sus antecesores: la independencia y su héroe no sólo son el mito fundacional de la nación venezolana, sino el “mito refundacional”, pues el nuevo orden político inaugurado con la Constitución de 1999 -con la que el país toma el nombre de “República Bolivariana de Venezuela”- se inspira en el ejemplo de Bolívar, como lo expresa su Preámbulo¹; además, el pensamiento bolivariano inspira el proyecto político del chavismo en todas sus etapas.²

Hay, sin embargo, algo nuevo en el contexto actual y es la pretensión del gobierno de legitimar este uso de Bolívar a través de la construcción de una nueva historia y, sobre ella, de una nueva memoria histórica, lo que

¹ *El pueblo de Venezuela, en ejercicio de sus poderes creadores e invocando la protección de Dios, el ejemplo histórico de nuestro Libertador Simón Bolívar y el heroísmo y sacrificio de nuestros antepasados aborígenes y de los precursores y forjadores de una patria libre y soberana* () (Constitución de la República Bolivariana de Venezuela. Preámbulo, 1999).

² Según sostuvimos en un trabajo previo, el proyecto chavista puede considerarse populista en su primera etapa (1983-2006), pues lo propio del populismo es el regreso al pasado para encontrar allí una fuente de inspiración a la crisis causada por el capitalismo. En la etapa populista Chávez plantea que su proyecto se inspira en un *árbol de tres raíces*, una de las cuales es Bolívar. (Márquez, Martha Lucía, 2000). En la etapa del socialismo del siglo XXI, que se inicia desde 2006, sigue sosteniendo lo mismo, como puede verse en el decreto que ordenó el traslado del archivo de Bolívar de la Academia Nacional de Historia al Archivo General de la Nación “*CONSIDERANDO. Que el pensamiento universal de Simón Bolívar El Libertador y del Generalísimo Francisco de Miranda, precursores de nuestra independencia, representan la base ideológica de la Revolución Bolivariana, y en consecuencia su archivo contiene la documentación fundamental de su legado revolucionario liberador para los pueblos de nuestra América y el Mundo* (República Bolivariana de Venezuela, Decreto 7.375 DEL 12 DE abril de 2010).

ha desencadenado una lucha en la que se enfrentan el gobierno y un grupo de historiadores. Nuestra hipótesis es que tal cosa ocurre porque lo que pretende el presidente es construir un nuevo relato de nación, y con él una nueva imagen de la misma, ya que la que el Estado promovió desde los años 40 se quebró a raíz del Caracazo. Para ello, el gobierno elabora una “*nueva versión de la historia de Venezuela*” a través de narraciones sobre la historia del país que no tienen la representancia (*représentance*) –o cualidad de representar lo acontecido- de la narración histórica, pero que no necesitan tampoco tenerla, en la medida en que el discurso nacionalista, como veremos, no se funda en un “pacto de verdad”.

Para ordenar nuestro argumento dividimos el texto en cuatro partes. En la primera nos ocuparemos brevemente de la forma en que se ha representado la nación en Venezuela y del quiebre de la idea de nación que se produjo con el Caracazo. En la segunda parte nos ocuparemos del concepto de nación y explicaremos la relación entre nación, la narración y la historia. En la tercera parte abordaremos las diferencias entre memoria, historia y memoria histórica, así como del concepto de representancia y, desde allí, la lucha por la memoria histórica en Venezuela. En la cuarta parte consideraremos brevemente la versión de la historia de Venezuela que construye Chávez y explicaremos por qué carece de representancia. Cerraremos este artículo con una corta reflexión.

1. LA IDEA DE NACIÓN EN VENEZUELA

Venezuela fue un Estado de formación muy tardía. Los trabajos comparados han mostrado que la permanencia en su territorio de los ejércitos bolivarianos tras concluir la independencia dio origen a un caudillismo militar que le disputó al Estado el monopolio de las armas hasta la llegada al poder de Juan Vicente Gómez, cuando se inició la centralización (1908-1935), (López Alves, 2003). Sin embargo, la idea de nación precedió la formación del Estado. La reciente investigación de Jonathan Eastwood demostró que una idea de nación apareció por primera vez en un documento del cabildo de Caracas de 1769, siendo producto de la inconsistencia de estatus de los criollos venezolanos que le reclamaban a la Corona de los Borbones por su trato favorecedor de los peninsulares, que eran quienes monopolizaban los altos cargos públicos en la administración de la Capitanía de Venezuela. (Eastwood, 2006, p. 90). Siguiendo la tesis de Benedict Anderson, quien sostiene que el concepto de nación es “*un artefacto de una clase particular*” o un dispositivo adaptable, Eastwood demuestra que la idea de nación en Venezuela fue traída de Europa por los criollos que habían leído a Feijóo, Torres de Villaroel, Voltaire y Montesquieu y que les sirvió para construir un concepto de comunidad que reclamaba derechos de participación.³

En los años 30 se construyó una nueva idea de nación que va de la mano, esta vez, de la formación del Estado moderno en Venezuela. El proceso de centralización del poder se inició con la llamada Rebelión Liberal Restauradora, encabezada por Cipriano Castro en 1899, contra el gobierno de Ignacio Andrade; pasó por la derrota de la contrarrevolución de caudillos, conocida como la Rebelión Liberal en 1902, y tuvo como un momento decisivo la llegada al poder de Juan Vicente Gómez en 1908. Gracias a la riqueza derivada de los recientemente descubiertos pozos de petróleo en Venezuela, Gómez pudo crear en 1910 la primera academia militar, formar la Fuerza Aérea Venezolana y crear Aeropostal, la primera aerolínea del país. También construyó los aeropuertos de Grano de Oro en Maracaibo, La Fría, Encontrados, el Aeropuerto Internacional Leonardo Chirinos en Coro, el Aeropuerto Internacional San Antonio del Táchira, el Aeropuerto Alberto Carnevalli en Mérida, entre otros, así como la famosa carretera Transandina, que conectaba Caracas con San Antonio del Táchira. Para conectar el

³ Haciendo uso de las clasificaciones que los estudiosos del tema han hecho de los nacionalismos en nacionalismo individualista -aquel en el que la nación se ve como un conjunto de sujetos que se adscriben a ella-; nacionalismo colectivista -aquel en el que la nación se reifica y se plantea su existencia por encima de sus miembros-; nacionalismo étnico -aquel en el que la pertenencia a la nación depende de una característica derivada del nacimiento- y nacionalismo cívico -aquel en el que la membresía depende de la ciudadanía de libre adscripción- (Greenfeld, Liah y Jonathan Eastwood, 2007), Eastwood plantea en su tesis doctoral y en otros textos, que el nacionalismo venezolano, desde las primeras ideas del cabildo pasando por el pensamiento bolivariano e incluso el nacionalismo chavista, se caracteriza por ser un nacionalismo cívico colectivista que justifica la existencia de un líder político que se muestra como representante de la nación reificada.

país fundó la primera línea de autobuses extraurbanos llamada “Aerobuses de Venezuela”, a la vez que construyó las primeras terminales de pasajeros de líneas de autobuses extraurbanas

En este contexto surgió la generación del 28, algunos de cuyos miembros como Rómulo Betancourt y Rómulo Gallegos fueron fundadores de Acción Democrática (AD) y gobernaron durante el trienio adeco (1945-1948). Fernando Coronil y Julie Skurski han encontrado en la novela *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos, presidente en 1945, una metáfora de la nueva idea de nación que imperará en Venezuela hasta los años 80.

En la novela, doña Bárbara, la terrateniente del llano, representaría la barbarie encarnada en los caudillos regionales que gobernaron Venezuela hasta 1935. Santos Luzardo, el abogado graduado de la Universidad Central de Venezuela que viaja al llano y se opone a la matrona, simbolizaría la civilización encarnada en las burguesías en ascenso que llegaron al poder en los años 30. Marisela, la hija mestiza de Doña Bárbara, sería el pueblo degradado que Santos Luzardo educó y reivindicó con su amor. De esta manera la nación venezolana se representaba como la comunidad que resultaba de la derrota de la barbarie a través de la alianza de las burguesías educadas de la ciudad y del pueblo explotado del llano. Desde esta perspectiva la nación se convertía en un cuerpo social civilizado que merecía el derecho a la participación política.

Esta idea de nación terminó de delinearse con la imagen del petróleo. Según Fernando Coronil la nación se definió como compuesta por dos cuerpos, un cuerpo político formado por ciudadanos y un cuerpo natural, que correspondía al subsuelo.

“La noción de que el petróleo constituía nuestra riqueza nacional y que el rol del Estado era salvaguardarlo eternamente para la nación, fue el origen de un discurso emergente de identidad nacional” (traducción propia de Coronil, 1997, p. 81).

La mencionada imagen de nación pervivió durante la dictadura (1948-1958) que siguió al trienio adeco y durante buena parte de la Cuarta República, que se inició con la transición democrática de 1958. Pero ya en los años 70 puede verse un cambio en esa imagen de nación, cuando la prensa comenzó a denunciar la corrupción y el despilfarro de los gobernantes, pero también la ociosidad del pueblo producto del enriquecimiento rápido del país y del paternalismo estatal que fue posible gracias a la nacionalización del petróleo y el *boom* petrolero. Por esa época el ex ministro venezolano Juan Pablo Pérez Alfonso publicó el libro *El excremento del diablo* en el que se caracterizaba el crudo como excremento, caracterización que se extendió a la nación, por ser el petróleo parte inherente de la misma; así, la expresión “somos una mierda” se convirtió en algo común en los medios y entre los venezolanos.

Esta imagen negativa de la nación ociosa, en algunos casos corrupta y consumista, se reforzó con el avance del neoliberalismo que proponía disciplinarla para que encontrara en el mercado lo que antes le proveía el Estado, proyecto que se plasmó en el VIII Plan de la Nación o Gran Viraje, con el que el gobierno de Carlos Andrés Pérez introdujo el ajuste neoliberal en Venezuela (Coronil, 1997, p. 385).

Pero la crisis definitiva de la idea de nación que había construido la generación del 28 se produjo en 1989 con el Caracazo, fenómeno que dio inicio a una coyuntura crítica en la política venezolana.⁴ Como lo han señalado varios autores, en ese momento se rompieron todos los mitos sobre los que se fundaba Venezuela desde el año 58, momento de la transición democrática: la imagen de un país democrático y pacífico, la visión de un Estado paternalista y redistribuidor, se quebró el pacto entre los partidos, que se remontaba al Pacto de Punto Fijo o pacto de transición y se deslegitimaron los partidos, lo que abrió el camino a la aparición de antipolíticos y *outsiders*. (Britto García, 1989).

El aumento de los precios del petróleo en 1989 dio inicio a un ciclo de más de 500 movilizaciones populares, que se produjeron durante el primer semestre de ese año y que, según balance del gobierno, dejaron 267 muertos, cifra que los opositores y organizaciones de la sociedad civil elevaron a 1000. Durante las protestas, grupos

⁴ Collier y Berins Collier definen la coyuntura crítica como “A period of significant change which typically occurs in distinct ways in different countries” (Collier, David and Ruth Berins Collier, 2002).

de manifestantes saquearon negocios y casas de los barrios ricos de Caracas, por lo que el gobierno y las élites justificaron la aplicación de la violencia para reprimir el pueblo bárbaro (Coronil, Fernando y Julie Skurski, 1991). Se retornó de esta manera a la imagen de la nación como bárbara.

“The uprising of the pueblo changed the anatomy of the nation. From the perspective of the elite, the masses now embodied the menace of barbarism surfacing anywhere in the body politics, not just at its frontiers” (Coronil, Fernando y Julie Skurski, 1991, p. 328).

En este contexto un grupo de oficiales reunidos en el Movimiento Bolivariano revolucionario 200, con Hugo Chávez a la cabeza, comenzó a elaborar una nueva imagen de nación desde el rescate del legado bolivariano y desde una nueva interpretación de la historia. Distanciándose de la visión imperante estos militares le atribuían a la nación valores como el heroísmo, el sacrificio y la entereza moral.

2. CONSTRUCCIÓN DE NACIÓN, NARRACIÓN E HISTORIA

Tomamos el concepto constructivista de nación de Benedict Anderson⁵, para quien ésta es una comunidad política imaginada, como inherentemente limitada y soberana, que funciona como un artefacto cultural que puede ser trasplantado a distintos terrenos sociales y culturales. (Anderson, 1993). Anderson sostiene que la nación se construye a través de la forma como se narra, pues en el acto de relatar la historia de la comunidad ella se construye como una unidad que permanece en el tiempo. Explica también que la aparición de la imprenta o del capitalismo impreso permitió la difusión de periódicos, novelas y libros de historia que narraban lo acontecido en un territorio común a un mismo grupo de personas, lo que construyó la unidad de ese grupo en la medida en que esas personas pudieron imaginarse viviendo una misma historia en un tiempo simultáneo. (Anderson, 1993, p. 63). El teórico indio Homi Bhabha coincide con esos planteamientos afirmando que “(...) *la narrativa es sólo la agencia del evento o el medio a través del cual se transmite la continuidad de la comunidad o la tradición, una continuidad concebida como natural*” (Bhabha, 2002 p. 52).

La forma como se produce esa unidad de la comunidad a través de la narración se puede entender desde los planteamientos de Paul Ricoeur. Para el filósofo francés la narración es una manifestación de lenguaje caracterizada por la construcción de una trama⁶ que conecta personajes y sucesos, estableciendo una síntesis entre pasado, presente y futuro. La trama permite la construcción de la identidad del sujeto, hecho que puede hacerse extensivo a la comunidad narrada:

“La historia narrada dice el quién de la acción. La identidad del quién no es pues, ella misma, más que una identidad narrativa. Sin el recurso de la narración el problema de la identidad personal está, en efecto, condenado a una antinomia sin solución: o bien se piensa un sujeto idéntico a sí mismo en la diversidad de sus estados, o bien se sostiene [...] que el sujeto no es sino una ilusión sustancialista” (Ricoeur citado por Manuel Maceiras, en Ricoeur 2004, p. 28).

Dentro de las narraciones que construyen la nación se encuentran no sólo las novelas, como el mencionado caso de *Doña Bárbara*, sino también la historia que es narración. Para entender el carácter narrativo de la historia acudiremos de nuevo a Ricoeur.

En el análisis de la operación historiográfica que hace el filósofo en *La historia, la memoria y el olvido* distingue tres fases en la construcción de la historia, la segunda y la tercera propiamente narrativas en la medida en que

⁵ Benedict Anderson en su texto clásico *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* plantea que la aparición del concepto de nación está asociado a varios fenómenos de la época moderna: la pérdida de importancia del latín como la lengua de la religión y el ascenso de las lenguas nacionales, lo que posibilitará el acceso de un grupo más grande a la lectura. Pero con la modernidad también se produce un cambio en la concepción del tiempo, que deja de ser tiempo cosmológico, tiempo de la creación donde ocurren las cosas por la voluntad de Dios, para convertirse en tiempo humano, que es el de la historia. (Anderson, 1993).

⁶ La trama se define como la síntesis de lo heterogéneo que conecta fines, causas, azares, que integra en una sola historia acontecimientos múltiples y dispersos. (Ricoeur, 2004, p. 132).

se construyen tramas para vincular hechos y/o conceptos. La primera fase es la fase documental, en la que el historiador construye un archivo seleccionando documentos. La segunda etapa o fase explicativa/comprendida es el momento en que el historiador pretende explicar el hecho histórico que investiga (responder al por qué del mismo), para lo cual construye una trama mental (narración) al vincular una serie de hechos o conceptos que liga de diversas maneras, por ejemplo, estableciendo relaciones de causa/efecto, entre otras. Todo concluye con la etapa de la representación que consta de dos momentos: la representación escrituraria, en la que el historiador ordena temporalmente los hechos para explicarlos, y la representación literaria, en la que los vincula a través de una trama y usa la retórica y la argumentación. De allí resulta la narración que llega al lector y desde allí se construye la identidad de los personajes de la narración, en el caso a que hacemos referencia, la identidad de la nación.

3. LA LUCHA POR LA HISTORIA Y LA MEMORIA HISTÓRICA

Si para Ricoeur la historia es representación que hace el historiador de hechos ocurridos en el pasado y que él no vivió, representación que une fines, causas y azares a través de una trama, la memoria es la presencia de algo que se vivió y que dejó una marca en el cerebro que el filósofo nombra como huella mnémica. Así pues, la memoria es viva. Esta distinción entre memoria e historia es compartida por autores como Maurice Halbwachs y Pierre Nora, quien afirma que la memoria es “verdadera, social e intocada”; es “afectiva y mágica”; “sólo se acomoda de detalles que la reconfortan”, lo que sugiere que como está hecha de “recuerdos vagos, globales o flotantes”, sólo se recuerda lo que se quiere o se puede recordar. (Nora, 1998). Como sostiene Halbwachs, la memoria colectiva es propia del grupo que recuerda hechos vividos y desaparece cuando ese grupo deja de existir.

La memoria histórica, por su parte, es “(...) la lista de los acontecimientos cuyo recuerdo conserva la historia nacional” (Halbwachs, 1968, p. 212). Dice Ricoeur:

“Se designan así acontecimientos que, a fin de cuentas, no han sido recuerdo de nadie pero que pueden contribuir a construir una memoria que podemos llamar con Halbwachs memoria histórica, para distinguirla de la memoria incluso colectiva.” (Ricoeur, La escritura de la historia y la representación del pasado, 2000).

Esta distinción es importante, pues lo que sostenemos es que en Venezuela hay una lucha por la historia y la memoria histórica antes que por la memoria, y es pertinente la aclaración porque en el año 2007 el Ministerio del Poder Popular para la Cultura en Venezuela creó el Centro Nacional de Historia, encargado de los Museos Bolivarianos y de la revista Memorias de Venezuela, cuyo objetivo dice ser “hacer memoria”, cuando en realidad el énfasis en los temas bolivarianos y en la República decimonónica se refieren más bien a la historia que a la memoria.⁷ Lo que en realidad pretende el gobierno venezolano es reescribir la historia y transmitir su versión de la misma a la población para crear una nueva memoria histórica. Esto ha desencadenado un duro enfrentamiento con el grupo de historiadores profesionales reunidos en la Academia Nacional de Historia.

En esta disputa hay dos hitos importantes: el traslado del archivo de Bolívar, que estaba en manos de la Academia Nacional de Historia, al Archivo General de la Nación, hecho que fue decretado por el gobierno bajo la sospecha de que “fuerzas contrarias a la revolución” no lo había usado para construir una memoria histórica que rescatara “las luchas de liberación del pueblo venezolano” (Ministerio del Poder Popular para la Cultura, 2008).

El otro evento es la exhumación de los restos de Bolívar para efectos de garantizar su conservación pero, además, para hacerles pruebas en aras de explorar la hipótesis de que había sido asesinado.⁸

⁷ Dice el primer número de *Memorias de Venezuela*: «Los Museos Bolivarianos, el Museo Nacional de Historia y la revista Memorias de Venezuela son instrumentos de esta estrategia rememorizadora. Su acción va dirigida al gran público, escolares, estudiantes, maestros, docentes, autodidactas, no para reinterpretar la historia a la medida de un proyecto político, sino para hacer una nueva política de la memoria en la que resurjan los actores y circunstancias que la historia académica redujo al olvido, y que tenga en perspectiva la construcción de una sociedad justa, equitativa e incluyente» (Ministerio del Poder Popular para la Cultura, 2008).

⁸ La hipótesis del asesinato de Bolívar se sustenta, según Chávez, en cartas que escribió antes de abandonar el poder y tomar el barco por el río Magdalena. Estas epístolas sugieren que el Libertador en realidad no quería renunciar a la vida política, lo que abriría la posibilidad a que sus detractores -la oligarquía- decidieran asesinarlo.

A nuestro modo de ver, y desde una perspectiva ricoeuriana, los dos hechos pretenden cuestionar la representancia de la historia elaborada por los historiadores profesionales, muchos de los cuales hacen parte de la Academia Nacional de Historia para, de esta manera, objetar la memoria histórica que se funda en sus trabajos. La representancia (*représentance*) debe ser entendida como la capacidad del discurso histórico para representar el pasado (Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, 2010 p. 310).⁹ Esta capacidad es demostrada por Ricoeur después de un largo examen en el que el filósofo extiende las aporías de la memoria a la historiografía¹⁰: si en el caso de la memoria la cuestión es cómo puede ella representarse el pasado del que quedó una huella mnémica, en el caso de la historia la cuestión es cómo se puede tener tal pretensión sobre la base del trabajo del archivo que se soporta en un testimonio, pero además cuando en la última fase de la operación historiográfica el historiador ordena narrativamente los acontecimientos (representación escrituraria) pero además emplea la narratividad para exponerlos, haciendo uso de la retórica y la argumentación. Esto necesariamente conduce a la pregunta sobre si la representación resultante es realidad o ficción.¹¹

Después de una larga argumentación el filósofo concluye que hay dos caminos para garantizar la representancia de la historia¹²: la crítica que hace el historiador de todas las etapas de la operación historiográfica, comenzando por la crítica al testimonio desde el que se reconstruye lo ocurrido y el juicio que deben hacer los ciudadanos sobre la narración histórica validándola en la medida en que reconocen que ella recoge memorias distintas de lo ocurrido. Sobre estas dos operaciones se funda el pacto de verdad entre el historiador y el lector de su narración histórica: el primero se compromete a hacer una operación de crítica sobre su proceso historiográfico y el segundo, como ciudadano, vigila que la historia recoja las memorias de todos los actores sociales que se vieron involucrados en el acontecimiento histórico.

Retomando nuestro caso de análisis podemos decir que el chavismo cuestiona la representancia de la historia tradicional en Venezuela al criticar el "*testimonio no escrito*" (Ricoeur, *La escritura de la historia y la representación del pasado*, 2000, p. 221) que es el cuerpo de Bolívar, de cuya muerte natural Chávez sospecha. Si se despeja esa duda el chavismo podría justificar históricamente que la conspiración de las oligarquías frustró el proyecto de liberación del pueblo venezolano, cosa que reiteradamente sostiene cuando se proclama a él mismo como continuador del proyecto bolivariano. Pero Chávez también objeta la representancia de la historia elaborada por los historiadores de la Academia Nacional de Historia cuestionando el uso que ellos han hecho del archivo de Bolívar por cuanto considera que en sus trabajos académicos han excluido ciertas memorias -las memorias de las luchas de liberación del pueblo venezolano- mismas que se quieren rescatar con el trabajo de investigación que se divulga a través de la serie *Memorias de Venezuela*. Por eso el primer número de esta serie dice:

«Los Museos Bolivarianos, el Museo Nacional de Historia y la revista Memorias de Venezuela son instrumentos de esta estrategia rememoradora. Su acción va dirigida al gran público, escolares, estudiantes, maestros, docentes, autodidactas, no para reinterpretar la historia a la medida de un proyecto político, sino

⁹ "La investigación en historia reemplaza el recordar mnemónico; abarca, por lo tanto, el conjunto de las operaciones historiográficas en el largo trayecto desplegado de la fase documental a la fase escrituraria. Al final de este recorrido es cuando se plantea en toda su problemática el tema de la representación por los historiadores, a la cual propongo desde ya darle el nombre de representancia, para destacar su aspecto militante e inconcluso, en vez de y en lugar del esquivo reconocimiento mnemónico." (Ricoeur, *La escritura de la historia y la representación del pasado*, 2000).

¹⁰ Ricoeur define la operación historiográfica como "la operación misma que consiste en el conocimiento histórico captado en la acción al natural" (Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, 2010, p. 179).

¹¹ "La fenomenología de la memoria nos ha enfrentado muy pronto con el carácter siempre problemático de esta frontera. Y la relación entre realidad y ficción no dejará de atormentarnos" (Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, 2010, p. 211).

¹² "A la memoria le queda la ventaja del reconocimiento del pasado como habiendo sido, aunque ya no lo es; a la historia le corresponde el poder de ampliar la mirada en el espacio y el tiempo, la fuerza de la crítica en el orden del testimonio, explicación y comprensión, el dominio retórico del texto y, más que nada, el ejercicio de la equidad respecto de las reivindicaciones de los distintos bandos de memorias heridas y a veces ciegas a la desgracia de los demás. Entre el voto de fidelidad de la memoria y el pacto de verdad en historia, el orden de prioridad es imposible de decidir. El único habilitado para ello es el lector; y en el lector, el ciudadano." (Ricoeur, *La escritura de la historia y la representación del pasado*, 2000).

para hacer una nueva política de la memoria en la que resurjan los actores y circunstancias que la historia académica redujo al olvido, y que tenga en perspectiva la construcción de una sociedad justa, equitativa e incluyente” (Ministerio del Poder Popular para la Cultura, 2008).

La versión de la historia de Venezuela del chavismo y su representancia

Paralelamente a las críticas a la historia tradicional de Venezuela, el chavismo propone su versión contenida en los discursos del presidente y los documentos oficiales, entre muchos otros documentos. Una reconstrucción preliminar de esta versión de la historia permite destacar los siguientes momentos y valoraciones de los mismos.

- El momento de la independencia, que se exalta, pues éste es el momento en que se elaboró el proyecto bolivariano de liberación nacional que el presente debe seguir.
- El período de la “*república unitaria-explotadora*” que se inicia tras la disolución de la Gran Colombia en 1830 (Blanco Muñoz, 1998, p. 105) y que se prolonga hasta el gobierno de Juan Vicente Gómez (1935). En esta etapa los caudillos desvían el proyecto de liberación nacional, aunque personajes como Ezequiel Zamora y Cipriano Castro intentaron infructuosamente retomar ese proyecto.
- El populismo militar, menos mencionado, encabezado por Eleázar López Contreras (1936-1941) e Isaías Medina Angarita (1941-1945), que se valora positivamente.
- Las etapas subsiguientes, el trienio adeco (1945-1948) y la dictadura de Marcos Pérez Jiménez (1948-1958), que se mencionan poco.
- Finalmente, la etapa del Puntofijismo, que se inicia en 1958 con un pacto de transición democrática por parte de los dos partidos tradicionales, AD y COPEI, y que se considera como el inicio de la tragedia contemporánea venezolana.¹³ Recordemos que es frente a la “moribunda Constitución” allí aprobada, la de 1963, que Chávez juró al asumir el poder y sobre cuyo recambio se inició la refundación de Venezuela.

Como es de esperarse, los historiadores han reaccionado ante esta lectura. Elías Pino Iturrieta, ex director de la Academia Venezolana de Historia, ha señalado que la apología de la Independencia que hace la versión de la historia chavista desprecia tanto lo ocurrido en la etapa colonial¹⁴ como lo acontecido durante el siglo XIX, que se considera injustamente como un período de caudillismo y anarquía. Propone también una visión distinta del trienio adeco, pues fue una etapa en la que se derrotó el caudillismo. Dice el historiador:

“¿Cómo quedan los «cosiateros» y ¿cómo queda el esclarecido Páez? ¿Cómo quedan los ilustres convencionistas de Valencia, que consideraron equivocada la obra del Libertador y se separaron de ella? ¿Dónde ubicar a los grandes pensadores y a los eximios patriotas que llegaron a la conclusión de que lo que había pasado después de Carabobo era un disparate? Dejarán de ser los fundadores de la autonomía nacional para convertirse en traidores por mandato de la Constitución de la V República. Dejarán de ser los regeneradores de un país que era un escombros después de veinte años de guerra. No serán más los fundadores de la nacionalidad, como en efecto lo fueron, para que la historiografía los presente, ahora de manera oficial e incontrovertible, como reos del pecado original de reaccionar contra El Padre. A la descalificación de la Colonia, esto es, del tramo más extenso y esforzado de nuestro desenvolvimiento, se juntará ahora la censura del período nacional. Así las cosas, la mutilación adquiere proporciones de escándalo”. (Pino Iturrieta, 1999).

¹³ “Este proceso comenzó hace ya bastante tiempo en Venezuela. En verdad son dos procesos que marchan en paralelo y forman parte de la misma historia. Por una parte, desde sus propios inicios en 1958, el intento por construir un país democrático nació con el rumbo torcido y con la semilla de su propia degeneración en las entrañas. Apenas dos décadas después, ya había entrado en la primera de sus grandes crisis, haciéndose evidente además su incapacidad para corregir y autorregular sus propias perturbaciones.” (Chavez, 1998).

¹⁴ “La apología oficial de los hechos sucedidos entre 1810 y 1830, obliga a mirar despectivamente los trescientos años anteriores, o a subestimarlos. No en balde estamos ante un mandato de la Carta Magna, frente al cual no podemos vacilar en cuanto ciudadanos obedientes de la regla mayor. Si Bolívar es el ungido por los redactores de la cartilla fundamental, los hombres contra los cuales reaccionó y triunfó, nuestros ascendientes conquistadores, pobladores, misioneros, cabildantes, comerciantes, artesanos, hombres de trabajo partidarios del trono quedan reducidos en su papel de constructores de la sociedad.” (Pino Iturrieta, 1999).

Inés Quintero, por su parte, también historiadora de la Academia Nacional de Historia, ha propuesto el rescate del legado democrático del trienio adeco así como de la etapa del Puntofijismo que para el chavismo es el inicio de la decadencia.¹⁵ Dice la historiadora que en este momento se derrotó el militarismo, se formó el sistema de partidos y se amplió la participación política (Quintero, *El chavismo: ¿resurrección o muerte del 18 de octubre?*, 1999).

En cuanto al proceso de independencia, Quintero señala que no debe ser simplistamente leído como la ruptura con España, ni como un acto de heroísmo militar¹⁶ ni como la construcción del proyecto bolivariano, sino como

“(…) parte esencial de una revolución política de significación histórica sin precedentes mediante la cual se rompió con las formas políticas antiguas y se dio inicio a la construcción de nuevos referentes políticos en donde la soberanía, la ciudadanía, la autonomía, las elecciones, las libertades individuales, el estado de derecho y la división de poderes se establecieron como parte constitutiva de la existencia republicana, y los cuales, sin la menor duda, forman parte ineludible del debate actual en Venezuela y en el resto de América Latina.” (Quintero, Discurso pronunciado ante la Academia Nacional de la Historia, 2010).

Pero ¿qué estatus tienen esas narraciones históricas del chavismo? De lo que hemos expuesto aquí sobre la representancia se deduce que aunque son narraciones sobre la historia de Venezuela, no son narraciones históricas, es decir, el discurso de Hugo Chávez no es histórico. No sólo no tiene la representancia de la historia, pues no se funda en una operación historiográfica que haya hecho la crítica de su propio proceso, sino que tampoco ocurre que exista un pacto entre Chávez y sus oyentes en el sentido de que sus narraciones de nación sean plausibles, admisibles, probables, honestas y verídicas (Ricoeur, *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*, 2004). Pero tampoco es una narración de ficción que construya un universo irreal.

Es un discurso político nacionalista que pretende construir un tipo de comunidad política a partir de la narración histórica de esa comunidad, para de esa manera construir una identidad nacional que le permita justificar su proyecto político. Como lo señala Francisco Colom, la historia es importante para la política pues desde la valoración del pasado se construyen identidades políticas y proyectos de futuro pero “cada relato de la identidad nacional remite, pues, a una imaginación histórica distinta y aboca a la legitimación de un curso específico de acción” (Colom González, 2006).

Señala también el autor que es propio de estos discursos nacionalistas tener una estructura similar a la del discurso histórico; de allí la confusión entre ellos, pero la diferencia entre los dos discursos está en lo que les da coherencia. Mientras el historiador sustenta su narración en la confrontación crítica de los indicios del pasado (Colom González, 2006), el discurso nacionalista lo hace en una estructura metanarrativa: la narración nacionalista pretende mostrar el pasado como una época de causas nobles que fue seguida por un éxodo y la propuesta del nacionalismo es el retorno a la época dorada. Por eso al discurso nacionalista no le hace mella la crítica de los historiadores. Cita Colom a Juaristi:

“¿qué queda en el cedazo después de que la crítica historiográfica ha cribado los mitos de la identidad nacional? Pues la mostrenca identidad nacional, ni más ni menos.” (Juaristi, 1997b, p. 4).

¹⁵ En el mismo sentido se pronuncia el también historiador Aníbal Romero. “De paso, el régimen ‘bolivariano’ ha difundido con éxito entre la población una versión distorsionada y completamente negativa sobre los cuarenta años de democracia representativa, pintándoles como un tiempo de ‘catástrofe’, en palabras del propio Presidente, hacia el que hoy millones de venezolanos sólo sienten rechazo y del que parecen no conservar un legado espiritual verdaderamente denso.” (Romero, 2011).

¹⁶ “Es una enorme tranquilidad constatar que existe una distancia abismal entre el discurso conmemorativo convencional, entre los llamados contenidos de la memoria, entre la reiteración de los postulados heroicos y patrióticos de las efemérides y los próceres militares que todavía persisten en la actualidad y los contenidos plurales, dinámicos, diversos, ajenos a la uniformidad que nutren la producción crítica de la historiografía profesional, universitaria, académica.” (Quintero, Discurso pronunciado ante la Academia Nacional de la Historia, 2010).

REFLEXIONES FINALES

Desde una perspectiva constructivista para abordar la nación, como es la de Benedict Anderson, se ha explicado la forma en que el quiebre de la idea de nación imperante en Venezuela desde los años 30 abrió el espacio para la narración de nación que ha puesto a circular el chavismo. Esta narración propone una reconstrucción de la historia de Venezuela que permita establecer continuidad entre la gesta de independencia y el proyecto político del presidente Chávez, por lo que se puede afirmar que hay un uso del mito bolivariano, hecho que es una constante en la historia venezolana.

La nueva versión de la historia de Venezuela, con la que se pretende crear una nueva memoria histórica, ha ocasionado una reacción por parte de un grupo de historiadores miembros de la Academia Nacional de Historia. Aunque sostenemos en el texto que la narración histórica de Hugo Chávez no tiene la representancia propia del discurso histórico, aunque tenga una forma similar al mismo, como ocurre con todos los discursos nacionalistas, consideramos que el cuestionamiento de la historia tradicional por parte del presidente abre el espacio para una discusión sobre la representancia de la historia escrita no sólo durante la Revolución Bolivariana sino antes de ella. Según Ricoeur, la discusión que valide la representancia de la historia no sólo debe darse entre los historiadores que deben someter a crítica todos los momentos de la operación historiográfica, sino que deben participar los ciudadanos para juzgar si la historia ha recogido la memoria de todos los grupos sociales.

REFERENCIAS

- Agustín, B. M. (1998). *Habla el comandante*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bhabha, H. (2002). Diseminación: tiempo, narrativa y márgenes de la nación moderna. En E. Von der Walde, *Miradas anglosajonas al debate sobre la nación* Bogotá: Imprenta Nacional, pp. 39-74.
- Bhabha, H. (2000). Narrando la nación. En A. Fernández, *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Manantial, pp. 211-219.
- Britto García, L. (1989). *El poder sin la máscara. De la concertación populista a la explosión social*. Caracas: Alfadil Ediciones.
- Britto García, L. (1998). Venezuela heroica. *Revista Imagen*. Caracas: Consejo Nacional de la Cultura (Conac) de Venezuela, abril-mayo.
- Carrera Damas, Germán. (2008). *El culto a Bolívar*. Caracas: Alfa.
- Chatterjee, P. (1996). Comunidad imaginada ¿Por quien? (traducción). En G. Balakrishnan, *Mapping the nation*. London: Verso, pp. 214-223.
- Chatterjee, P. (1995). Nationalism as a problem. En B. E. Ashcroft, *The postcolonial studies reader*. London: Routledge, pp. 164-167.
- Chávez, H. (14 de abril de 2002b). *Alocución a la nación al retornar al poder*. Recuperado el 12 de octubre de 2011, de: http://www.analitica.com/bitbliblioteca/hchavez/vuelta_al_poder.asp
- Chavez, H. (1998). *Una revolución democrática (programa de gobierno)*, disponible en: <http://www.analitica.com/bitbliblioteca/hchavez/programa.asp>.
- Colom González, F. (2006). Narrar la Nación. *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, No. 722 pp.741-750
- Coronil, Fernando y Julie Skurski (1991). Dismembreing the nation: the semantics of political violence in Venezuela. *Comparative studies in society and history*. Vol. 33. No 2 , 288-337.

- Coronil, F. (1997). *The magical state. Nature, Money and Modernity in Venezuela*. Chicago: University of Chicago Press.
- Eastwood, J. (2006). *The rise of nationalism in Venezuela*. Gainesville: University Press of Florida.
- Hallbawchs, M. (1968). Memoria colectiva (traducción REIS). En M. Hallbawchs, *La mémoire Collective*. Paris: Presses Universitaires de France, pp. 209-219.
- Langue, F. (2009). La Independencia de Venezuela, una historia mitificada y un paradigma heroico. *Anuario de Estudios Americanos*, 66, 2, pp. 245-276.
- Langue, F. (2011). Reinención del Libertador e historia oficial de Venezuela. *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, año 13, No. 25, pp. 26-45.
- López Alves, F. (2003). *La formación del Estado y la democracia en América Latina : 1830-1910*. Bogotá: Editorial Norma.
- Márquez, Martha Lucía (2000). El neopopulismo en Venezuela. *Papel Político* No. 11, pp. 131-146
- Márquez, Martha Lucía (2004). Neopopulismo y Chavismo. En C. y Ahumada, *La región andina: entre los nuevos populismos y la movilización social*. Bogotá: Observatorio Andino, Universidad Javeriana.
- Ministerio del Poder Popular para la Cultura (2010). *Memorias de Venezuela*, No. 15. Caracas.
- Ministerio del Poder Popular para la Cultura (2008). *Memorias de Venezuela*, No. 1 enero- febrero. Caracas.
- Nora, P. (1998). La aventura de Les lieux de mémoire. *Revista Ayer*, No. 32. Pp.26-52
- Pino Iturrieta, E. (1998). Necesidad y despotismo de los héroes. *Revista Imagen*, Caracas: Consejo Nacional de la Cultura (Conac) de Venezuela, abril-mayo.
- Pino Iturrieta, E. (16 de noviembre de 1999). La tropelía de la República Bolivariana. *Analítica.com*.
- Quintero, I. (28 de noviembre de 1999). Del Bolívar para todos al Bolívar para Chávez. *El Nacional*.
- Quintero, I. (noviembre de 1999). El chavismo: ¿resurrección o muerte del 18 de octubre? *Analítica.com*.
- República Bolivariana de Venezuela (1999). *Constitución*.
- Ricoeur, P. (2000). *La escritura de la historia y la representación del pasado*. 22ª Conferencia Marc Bloch. Paris.
- Ricoeur, P. (2010). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, P. (2004). *Tiempo y narración. Configuración el tiempo en el relato histórico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Romero, Juan Eduardo (2005). Discurso político, comunicación política e historia en Hugo Chávez. *Revista Ámbitos*, Nos. 13-14, pp. 357-377.
- Romero, Juan Eduardo (2004). Hugo Chávez y la representación de la historia. *Reflexión política*, pp. 146-169.
- Schwartz, B. (1999). La reconstrucción de Abraham Lincoln. En D. A. Middleton, *Memoria Compartida*. Barcelona: Paidós, pp. 97-122.
- Weber, M. (1998). *El político y el científico*. Madrid: Alianza Editorial.